

mo.» Tributar gloria á María debe ser una cosa muy agradable á Dios. Pero María no se tendrá por glorificada con vuestros homenajes, con vuestras alabanzas, con vuestros cánticos y con vuestras oraciones, si al mismo tiempo no glorificais á Dios con vuestras acciones, si no imitais á ella, que tanto contribuyó á la gloria de Dios, caminando en la práctica de las buenas obras, y que tuvo siempre en sus labios estas bellas palabras: *Alma mia, glorifica al Señor.* ¡Ay, hermanos míos! nosotros la alabamos y le pedimos muy mal, supuesto que la imitamos tan poco. ¿Qué deberéis esperar de vuestras oraciones, y qué honor tributais á María y á Dios, vosotros, los que ahora rezais los cinco dieces de vuestro rosario, y que muy pronto iréis á proferir una decena de blasfemias y de maldiciones? Qué honor tributais á Dios y á María vosotros, los que en las letanías dais á la Madre de Dios los títulos mas gloriosos, y os preparais para lanzar muy pronto contra vuestro prójimo una letanía de injurias y de ultrajes, de maldiciones y de calumnias? Qué mérito podeis tener, y cuál puede ser la eficacia de vuestra oracion, padres y madres, si en tanto que alabais á la Santísima Virgen, y ensalzais su amor á su divino Hijo, y su mansedumbre, su bondad y su fidelidad inviolable para con su casto esposo José, no teneis cuidado de vuestros hijos, ni celo por su educacion, ni paz ni concordia entre vosotros, ni amor ni fidelidad mútua? Qué se debe pensar y esperar, oh jóvenes, de vuestra devocion á María, si mientras glorificais la angelical pureza y la celestial belleza de su alma, vuestro espíritu y vuestro corazon, vuestra boca y vuestros oídos, todo en vosotros está lleno de pensamientos, de deseos, de discursos y de acciones que la santa pureza condena? No, no es así como María quiere ser honrada. Si quereis que vuestras oraciones le sean agradables, y que ella os ame y os proteja, decidíos á imitarla y á caminar por sus huellas. Imitad su mansedumbre, su humildad, su amor á Dios y al prójimo, procurad ser modestos como ella, puros como ella, y entonces la honraréis con la boca y con el corazon; Dios será glorificado con el culto que tributais á su santísima Madre; María se unirá á vosotros; ella recibirá vuestras oraciones, las presentará á Dios, y esas oraciones volverán desde el cielo á vosotros, pero cargadas de gracias y de bendiciones, que os fortificarán en el amor y en la práctica de las virtudes, que os consolarán en vuestras aflicciones y en vuestras penas, que os harán firmes y fuertes en los combates contra los enemigos de vuestra salvacion, y os ayudarán á subir hasta la

montaña santa del Señor. De este modo es como podeis merecer que María sea para vosotros el arca de la alianza, la puerta del cielo. ASÍ SEA.

PLÁTICA XVI.

DE LA IMITACION DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Non omnis qui dicit mihi, Domine Domine, intrabit in regnum celorum: sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in cælis est, ipse intrabit in regnum celorum.

No todo aquel que me dice, ¡oh Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos: sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial, ese es el que entrará en el reino de los cielos.

(Mat. vii, 21.)

HERMANOS míos, todos nosotros deseamos honrar á la Santísima Virgen y merecer su poderosa intercesion para con Dios; María es digna, en efecto, de toda gloria y honor, y su intercesion nos alcanza una multitud de auxilios y de gracias muy saludables, porque Dios y su divino Hijo nada le pueden negar. La Santísima Virgen nos ama, y el mas ardiente deseo de su corazon es hacernos bien, es hacernos participantes de la felicidad que ella posee en el cielo; sin embargo, yo creo oírle decirnos, como Jesucristo: No todo el que me dice: «María, María,» entrará en el reino de los cielos; sino el que, como yo, hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es el que entrará en el reino del Señor. Sí, hermanos míos, nosotros nos haremos dignos de la proteccion de María, y participaremos de su gloria y su ventura, si imitamos este modelo perfecto de todas las virtudes; si, como ella, hacemos lo que Dios manda; si

sufrimos como él lo quiere, si amamos lo que él ama; en una palabra, si, como María, amamos verdaderamente á Dios.

Si amais á Dios, haréis lo que él manda. El Salvador ha dicho: *Cualquiera que me ama, observará mi doctrina. El que no me ama, no practica mi doctrina.* (Joan. xiv, 23.) ¿Quereis, pues, estar ciertos de que el amor de Dios reina en vuestros corazones? Mostráos siempre obedientes á las órdenes del Señor, desead hacer en todo su santa voluntad, caminad firmes por la senda de sus mandamientos, y procurad que nada, en el cielo, en la tierra ni en los infiernos, sea capaz de separaros de vuestro Dios.

Así es como María amó al Señor y fué fiel á su adorable voluntad y á su ley santa, en todas las circunstancias y en todo el discurso de su vida. Jamás el pecado tuvo entrada en su bella alma. La concepcion de María fué immaculada, y todos los dones de la gracia fueron concedidos abundantemente á la humilde virgen á quien Dios destinaba para ser madre del Salvador del mundo. Esta blanca vestidura de inocencia con que el cielo la habia adornado, la conservó María siempre sin mancha. En todo el discurso de su vida, dicen los Santos Padres, esta celestial Virgen no cometió el mas leve pecado; ella permaneció constantemente hermosa y pura, y jamás hubo en ella la mas ligera mancha. Todo su deseo fué hacer siempre y en todas cosas lo que Dios mandaba. Ella era una buena israelita, y se sometió á todos los preceptos de la ley de Moisés. Ella fué madre de Dios, pero no cesó de ser virgen. Esta sublime prerogativa la dispensa de la purificacion; sin embargo, quiere someterse á ella para evitar hasta la sombra de una desobediencia respecto á lo mandado por el Señor. Ella ve la voluntad de Dios en la de los señores temporales; y, para obedecerla, en el momento en que Jesus va á nacer emprende un penoso viaje; ella va á Belen á hacerse inscribir en el empadronamiento mandado por el vencedor de la Judea. Sí, María amaba la ley de Dios; ella la meditaba continuamente, ella la llevaba escrita en su corazon, en su frente y en su mano; ella temblaba al solo pensamiento de una infraccion, á la idea de la mas leve falta. La ley de Dios era la antorcha que alumbraba sus pasos, la luz que la guiaba en todos sus caminos.

¿Es así, hermanos míos, como nosotros obramos? Es así como nosotros cumplimos lo que Dios quiere y ordena? Es así como nos-

otros amamos la ley santa del Señor? Desde nuestros mas tiernos años hemos aprendido á repetir: *¡Oh, Dios mío! yo os amo con todo mi corazon, sobre todas las cosas;* pero ¡ay! estas bellas palabras están en nuestros labios, y el sentimiento que ellas expresan no está en nuestro corazon, porque no hacemos lo que Dios manda. En efecto, nuestra vida no es otra cosa que una larga série de infracciones y de violaciones de la ley de Dios. Nosotros, que hollamos los preceptos mas santos del Señor, no imitamos á la Santísima Virgen. Recordad las tablas del Decálogo, que el mismo Dios escribió; recordad los mandamientos que dió poder á su Iglesia para imponeros, y ¡ved cuántas cosas os prohíbe Dios que vosotros habeis hecho, y cuántas cosas os manda que vosotros habeis omitido, cuántas palabras, cuántos pensamientos, cuántas acciones gravemente culpables! Y ¿está el amor de Dios en vosotros? Confesadlo, hermanos míos: vosotros no imitais á la Santísima Virgen, vosotros no amais á Dios como ella le amó.

Aquel que ama á Dios quiere lo que Dios quiere, y se somete á la voluntad de su Padre celestial. Si Dios manda que camine por la senda de los dolores, se someta y camina; él podrá decir, como el Salvador: *Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz;* pero al momento añadirá: *Sin embargo, hágase tu voluntad, y no la mía* (Mat. xxvi, 39;) y aceptará el cáliz, por muy amargo que sea.

De este modo fué como reinó la armonía mas perfecta entre la voluntad de María y la voluntad de Dios. Siempre estuvo ella sumisa y resignada á todo cuanto el cielo exigia de ella, y con tranquilidad y paciencia sufrió las penas mas sensibles á su corazon de esposa y de madre. Siempre y en todas partes vió ella la mano de Dios, y la adoró. María estaba al pié de la cruz sobre la que su divino Hijo espiraba; allí fué donde su corazon fué traspasado por la espada de dolor que habia visto el santo viejo Simeon. ¡Ay! ¡cuán horriblemente sufrió el alma de María! Y sin embargo, ni la murmuracion ni la queja se encontraron en sus labios, porque sabia que la mano de Dios era quien la heria. Y desde el fondo de su corazon decia, con su divino Hijo: *¡Padre mío! hágase tu voluntad y no la mía.* Jamás ha sufrido nadie tantos dolores, ni con tanta sumision, como María; ella es digna de ser llamada por todos la Reina de los márties. Procuremos imitarla nosotros.

Nosotros tenemos tambien mucho que sufrir en este mundo, en este triste valle de lágrimas. Con frecuencia nos castiga el Señor

porque lo hemos merecido y porqué él nos ama. Dios nos somete á duras pruebas, porque quiere que caminemos por la senda de los dolores para llegar á la gloria, y porque la prueba produce la paciencia, y la paciencia el mérito, que abre el cielo. Si nosotros amamos á Dios, guardémonos de murmurar y de quejarnos. Si amamos á Dios, encontraremos mucho consuelo en la santa y saludable persuasión de que si padecemos, es porque tal es la voluntad de Dios, que nos ama con el mas tierno amor; y nuestro corazón dirá al momento: ¡Dios mio, hágase vuestra voluntad! ¡Yo acepto y bendigo estos golpes de vuestra justicia, oh Dios mio! yo los he merecido, y soy muy dichoso en poder expiar de este modo los pecados de que me he hecho culpable. Hermanos míos, si nosotros murmuramos cuando nos castiga, si nos rebelamos contra las órdenes de la providencia, no imitamos á María ni amamos á Dios.

Finalmente, el tercer carácter del verdadero amor de Dios consiste en amar lo que Dios ama, y aborrecer lo que Dios aborrece. Hay personas en el mundo que ocupan respecto á nosotros el lugar de Dios: estos son nuestros padres y nuestros superiores; Dios los ama, y nosotros los debemos amar. Los pobres son los miembros de Jesucristo, y sus hermanos que sufren; él los ama, y nosotros los debemos amar. Nosotros tenemos enemigos, ellos nos perjudican y nos persiguen; Dios los ama como á instrumentos con que nos castiga, y nosotros debemos amarlos. Todos los hombres son hermanos, todos son hijos del Padre celestial, criados á su imagen; él los ama á todos, y nosotros los debemos amar. Pero Dios detesta el pecado y aborrece á los que quebrantan su santa ley, á los que persiguen á sus discípulos, á los que siembran en su campo doctrinas perversas, á los que, con sus propósitos impíos y sus malos ejemplos, producen la corrupción de las costumbres y procuran perder las almas. Nosotros debemos huir de estas personas como de criminales, pero sin dejar de amarlas como hermanos.

De este modo obró siempre María: jamás se encontró ella voluntariamente en la sociedad de los malos; y, como el profeta, pudo decir al Señor: «Yo tuve horror á los que eran inícuos á vuestros ojos; el orgulloso, el ambicioso, los hombres de corazón depravado jamás se sentaron á mi mesa, y tuve en abominación á los que os odiaban.» María huía de ellos, pero deploraba su perversidad, por que el amor del prójimo estaba en su corazón, y jamás cesó de amar á sus hermanos. ¡Oh! su corazón se llenó de un gozo inefable cuando se vió llamado á darnos el Salvador, que debía ser para nosotros el

camino que conduce á la felicidad de los cielos. ¡Cuán dichosa era ella cada vez que su divino Hijo, pasando por éste mundo haciendo bien, borraba los pecados, y sembraba á su paso las gracias y las bendiciones, la salud y la vida! María nos amó, y porque nos amó tanto, fué por lo que quiso sufrir tanto, fué por lo que quiso asistir á la agonía de su divino Hijo, y ser rociada con aquella sangre adorable que debía obrar nuestra redención. Dios nos amó tanto, que dió á su Hijo para redimirnos, dice el Apóstol; y yo añado sin temor, con un santo Padre: «María nos amó tanto, que, á falta de judíos, ella misma hubiera inmolado á su divino Hijo, cuya muerte debía ser nuestra salvación.»

¿Es así como nosotros amamos á los que Dios ama, y huimos de los que él aborrece? ¿Amamos nosotros á los pobres? ¿Nos conmueve acaso su miseria, de modo que la socorramos segun nuestros medios? ¿Amamos á nuestros padres y á nuestros superiores, y obedecemos su voluntad? ¿Amamos á nuestros enemigos? ¿No les conservamos odio alguno? ¿Pedimos por los que nos persiguen?

¿Huimos acaso la sociedad de los malvados? ¡Ay! con mucha frecuencia buscáis la compañía de los hombres libertinos y viciosos, y tenéis por amigos á los que se complacen en ofender á Dios, en despreciar su santa religion, en corromper los corazones y en perder las almas. Vosotros, pues, amais lo que Dios detesta, y no imitais á la Santísima Virgen. Sin embargo, hermanos míos, es necesario que nosotros la imitemos si queremos participar de su felicidad. Es necesario que la sigamos en el camino de las virtudes, adonde ella nos llama; solo á este precio es como ella nos concederá el auxilio de su intercesion omnipotente en presencia de Dios. Ella amó lo que Dios amaba, ella quiso lo que Dios queria, ella hizo lo que Dios mandaba; obremos de la misma manera nosotros, y cuando nos preguntemos si amamos á Dios, nuestras obras responderán al momento: «Sí, vosotros amais á Dios, y él os ama; vosotros caminais por las huellas de María, y ella estará con vosotros, ella pedirá por vosotros, ella os protegerá ahora y en la hora de la muerte.» En aquel momento terrible y decisivo, María estará, si puedo expresarme así, á la cabecera de vuestra cama; ella os fortalecerá, os animará, recibirá vuestra alma, y la trasladará á las mansiones eternas. ASI SEA.